

**LILITH,
EL JUICIO DE LA GORGONA
Y LA SONRISA DE SALGARI**

José Antonio Cotrina

2º Premio Certamen Literario Alberto Magno de Ciencia Ficción 1998

©*Lilith, el juicio de la Gorgona y La Sonrisa de Salgari*, José Antonio Cotrina.

©esta edición de 2019, Gabriella Campbell y José Antonio Cotrina.

©de la cubierta, Libertad Delgado.

Todo lo que aquí contiene el texto pertenece a su autor. Si quieres copiarlo, plagiarlo, subirlo a una página de enlaces: piensa que esto tiene derechos de autor, que alguien ha invertido horas de esfuerzo y dedicación. Si te gusta, compra o recomienda. La cultura es libre, pero los escritores tenemos hambre.

Este es para Gabriella, extraña y maravillosa

La peña, el Peonza y la causalidad

Después de darle muchas vueltas y sopesar otras posibilidades he optado por la educación y comenzaré esta historia presentándome.

Mi nombre es Alfredo García Torrecilla, y nací hace cincuenta y pocos años en un pueblecito de Cáceres, de nombre Aliseda. Mis padres eran oriundos de la zona y llevaban una vida campesina apacible hasta que la llegada de su primer —y a la postre único— hijo vino a trastocarla.

Tengo pocos recuerdos del pueblo: recuerdo de manera difusa las tardes de calor ondulante incrustado en las paredes encaladas, cociendo lagartijas y atontando moscas. Lo único que recuerdo con claridad es una pequeña peña que se encontraba a la puerta del corral y que se convirtió, desde que descubrí la utilidad de las dos extremidades que nacían de mi cintura, en el mayor reto de mi infancia.

La peña a la puerta del corral fue mi némesis. Solo vivía para coronar sus dos metros de altura que, a mis ojos, eran insalvables; allí me pasaba horas y horas que siempre se traducían en constelaciones de moratones y arañazos cuando la peña me derrotaba. Otro niño se habría divertido correteando tras las gallinas —que hacían cima con facilidad insultante—, jugando con los perros de la casa o torturando a las lagartijas cocidas por el sol, pero yo me decanté por la superación personal y por esa peña maldita.

Un día el padre de mi padre, hombre de campo y por tanto práctico, tomó al hijo de su hijo por las axilas y lo alzó en volandas hasta posarlo en la cima que durante tantos meses le fue esquivo. Mi llanto, terrible e interminable, lo obligó a bajarme, me propinó dos azotes en el trasero y me dejó aturdido a la sombra de mi adversaria. Cosas que podía haber aprendido de esa experiencia: si te esfuerzas siempre habrá alguien que al final haga el trabajo duro por ti. Cosas que aprendí: la gente tiende a sacudirte cuando reaccionas como no esperan.

Nunca pude derrotar a la peña por mis propios medios. Ese fracaso fue el inicio de la larga serie de fracasos que marcaría buena parte de mi vida. Cuando cumplí los cuatro años fue mi padre quien me tomó por las axilas y me llevó a Madrid donde crecería, me haría hombre y profesor de Historia. Mis padres cambiaron la tranquilidad del pueblo por el trasiego de la capital. No les fue mal y consiguieron sacar adelante a su pequeño retoño que, por algún capricho curioso de la naturaleza, no crecía tan solo a lo alto sino que lo hacía también, y casi en la misma proporción, a lo ancho.

Supongo que tuve la infancia normal de un niño gordito, fui blanco de las risas y bromas de mis compañeros de colegio y me convertí en un muchacho apocado, escaso de amigos y encerrado en sí mismo —un sí mismo bastante amplio, todo hay que decirlo—. No contento con las risas y los pescozones ocasionales que me llevé en mi etapa escolar, no

tuve rubor alguno en regresar a territorio docente una vez alcancé la edad y sabiduría necesarias para convertirme en profesor de Historia.

Volví por tanto a las bromas y chanzas del alumnado, aunque esta vez me hallaba tras la mesa del profesor, a resguardo de pescozones. A falta de estos, comencé a ser conocido por mis pupilos como el Peonza, apodo que, dado mi cuerpo orondo y mi cabeza minúscula —despejada en la parte superior, pero poblada en la inferior por una barba fina y castaña—, no puedo juzgar como inadecuado.

De haber coronado la peña mi vida habría sido diferente, estoy seguro. Tal vez habría sido un devorador de ochomiles audaz y estilizado, o un intrépido explorador selvático de machete rápido. Quién sabe. La vida está infectada por causas y efectos que parecen emparejarse por el más puro azar: si hubiera coronado esa peña, el Peonza no habría existido; si no hubiera decidido suicidarme, estaría muerto; si no hubiera comido berberechos, no me habrían roto el corazón; si la señorita Gracia Bragado no hubiera cruzado la calle Preciados, nunca habría conocido a Lucio Izquierdo ni concebido a Juan Izquierdo Bragado, quien fue juzgado por la Gorgona y devorado, no sin antes salvarme de la estúpida necedad de ser yo mismo.

Y si no hubiera descubierto que Elvis estaba vivo, no habría conocido la historia secreta del mundo.

¡Mihala, dexar!

En Nueva Guinea existe un lago de aguas poco profundas que ha permanecido oculto a los ojos de la humanidad durante siglos. En el centro del lago hay una isla y en la isla pervive, desde hace cientos de años, una tribu de hombres oscuros que se llaman a sí mismos *dexar*. Los dexar apenas han cambiado su modo de vida desde los tiempos en que descubrieron el fuego y la agricultura; siguen honrando a la tierra, al sol, a los sueños y a la pizpireta estación de las tormentas.

Ningún miembro de la tribu ha salido jamás de la isla, ni siquiera se han planteado que, tras la niebla perpetua que rodea el lago, pueda existir algo.

La isla no es demasiado grande y, aunque los provee de todo lo que necesitan para subsistir, deben seguir un control riguroso de natalidad para que el equilibrio ecológico no se descomponga. Si se hubieran dado al goce sin control, haría siglos que las hambrunas habrían terminado con la civilización —porque así la considero— más exigua del universo conocido. Desde siempre han mantenido su número estable: cuarenta mujeres, treinta y siete hombres y veintitrés niños. Cada vez que se produce un nacimiento se realiza un sorteo; dependiendo de si el recién nacido es niño o niña, este se lleva a cabo entre la población masculina o la femenina y el elegido/a debe partir hacia la nada, avanzando en el lago hasta perecer ahogado/a (los problemas higiénicos que se podrían derivar de esta costumbre se ven solventados por un pequeño riachuelo, que comunica el lago con un río mayor, que a su vez va a parar al océano Pacífico).

La isla, como ya he dicho, no es muy grande y tal vez por eso los dexar tienen una misma palabra para decir hola y adiós: *mihala*.

El lenguaje dexar es un filón de sorpresas constantes, en sus palabras las acepciones se mezclan en combinaciones inverosímiles. Les tengo simpatía, no lo puedo evitar. Son tan felices en su pecera como yo era desgraciado en la mía.

Por lo tanto: *¡Mihala, dexar! ¡Mihala a todos!*

Amor, amor, maldito amor

En el instituto donde impartía clases cometí el último gran error de mi larga carrera como fracasado: me enamoré de una profesora de Matemáticas veintipocos años menor que yo. Fue mi último fracaso y mi primer amor.

Considero casi una hazaña no haber caído en las redes de Cupido hasta los cincuenta años, toda una marca a tener en cuenta. Como no podía ser de otro modo, fue un amor no correspondido y la experiencia resultó traumática en sumo grado. Vuestro estimado y seguro servidor Alfredo García Torrecilla recibió otro revés del destino; retomando una de mis figuras recurrentes favoritas se podría decir que volví a despeñarme.

Se llamaba Ángela Ovejero y era de Córdoba. Era morena y preciosa, y me enamoré de ella nada más ver aparecer su deliciosa nariz respingona por la puerta del instituto. Llevaba una carpeta azul, vestido verde —corto, perversamente corto— y zapatos negros de tacón. Había en sus ojos algo indomable y salvaje, en sus pechos deliciosos, ni grandes ni pequeños, una promesa de lujuria bamboleante subrayada por las curvas excelsas de sus caderas.

Entró taconeando sobre las baldosas grises como si fuera la dueña absoluta de la creación, apartó de su cara un mechón rebelde y la luz del día que se colaba por las cristaleras me la enmarcó en una instantánea seráfica que supe que me acompañaría mientras viviera. Su mera presencia borró a los adolescentes agitados que se apresuraban en la mañana de febrero entre humo de cigarrillos y risas. Etérea y angelical, se alejó al son de su taconeo perfecto, llevándose el eco de sus pasos y los latidos de mi pobre corazón que desde ese día decidió latir solo por ella.

Estoy seguro de que reparó en mí. Era difícil obviar a la voluminosa masa enamorada que acababa de dejar boquiabierta ante la máquina de café. Cuando recuperé la razón —envenenada para siempre por la ponzoña del amor—, puse mi mente preclara en funcionamiento y enfilé hacia la sala de profesores del primer piso, donde no solo la encontré a ella, sino que Matilde —profesora de Literatura, cuarenta y muchos años, divorciada y con tendencia al histerismo— me la presentó, para éxtasis y alborozo del que suscribe.

—¡Alfredo! ¡Mira, esta es la sustituta de Blanca! ¡Se llama Ángela! ¡Pobrecita! ¡No sabe lo que va a soportar aquí! ¡Trátala bien! —¡dijo Matilde!—: ¡Alfredo es el jefe del Departamento de Historia! —¡le indicó a mi diosa!— ¡Todo lo que tiene de grande lo tiene de bueno!

—Es un placer. —Me tendió su mano diminuta y con un solo vistazo la encontré libre de alianzas.

—Lo mismo digo —atiné a decir, recogiendo su mano en la mía con más suavidad de la que nunca me creí capaz—. Espero que su estancia aquí sea tan prolongada como feliz.

—¡Cuanto entusiasmo, así da gusto! —Sonrió—. Muchísimas gracias.
Amor, amor, maldito amor.

La Sonrisa de Salgari

Vitoria, marzo de 1996, cerca del estadio de fútbol de Mendizorroza. Un bloque solitario de pisos, cinco plantas de viviendas desocupadas —dos viviendas por planta— y una cafetería en sus bajos llamada La Sonrisa de Salgari. La fachada de la cafetería está decorada como la proa de un navío pirata, los pomos de las puertas son dos pistolas y las ventanas son ojos de buey gigantescos.

El nombre de la cafetería está en altorrelieve sobre la doble puerta, realizado en imitación de hueso; sobre él hay nueve símbolos tallados en ébano. Sobre el cartel que contiene el nombre y los signos extraños penden dos banderas pirata.

En el interior el ambiente se relaja y todo recargamiento desaparece. Hay media docena de mesas en el lateral izquierdo mientras que el derecho está ocupado por la barra de madera y mármol. El encargado se llama Salcedo y tiene una melena negra increíble y un mirar errante, como de haber visto más de lo permitido. Bajo su mando están tres camareros: Michael —veintimuchos años, técnico en informática, cola de caballo y adicto al patinaje—, Sandro —treinta y pocos, ojos negros sin pupila ni iris reconocibles, capaz de desnudarte el alma con una sola mirada— y Yolanda —edad indeterminada, procedencia no terrestre y ojos verdes que rematan una arquitectura de hielo ardiente—. Salcedo no solo es el dueño de la cafetería, es propietario de todo el edificio.

Son las dos de la tarde y es un domingo sin fútbol. Dos familias dan buena cuenta de cafés y refrescos. Michael remolonea junto a un teclado en la sala de empleados, está trabajando en una nueva teoría sobre campos de energía. Una mosca temprana explora la cordillera de baldas y estanterías repletas de botellas. Salcedo se fuma un puro mientras Sandro bosteza a la espera de que su café se caliente en la cafetera. En los altavoces Radio Futura canta un poema de Poe y una máquina tragaperras desgrana feliz el reclamo de su cancioncilla.

Un niño se levanta de la mesa atraído por la máquina. Golpea los botones un rato hasta que, aburrido por la falta de resultados, se acerca a la barra a la busca de un vaso de agua. La mosca expedicionaria capta su atención un momento. Se encarama a un taburete justo cuando, desde detrás de la barra, una línea fina de llamas se proyecta hacia el insecto y lo calcina. El niño se sobresalta, pero se obliga a levantarse sobre el taburete para echar un vistazo tras la barra.

Un diminuto dragón cobrizo le devuelve la mirada. De sus fauces entreabiertas surge una voluta de humo gris.

—¡¡Mamaaaaá!! —El niño se gira en busca de su progenitora. La madre se incorpora, asustada por el grito de su polluelo. Las dos familias desvían la mirada hacia el infante y el niño vuelve su atención de nuevo hacia el dragón, que ya no es un dragón sino un perrito de raza dudosa que recibe indignado un puntapié certero de parte de Salcedo y su puro.

—¿Qué ocurre? ¿Te has hecho daño? —quiere saber la madre, solícita, casi cuarenta, diseñadora de interiores, en camino ya hacia su retoño.

El niño mira al perro que mira a Salcedo que mira al niño y le guiña un ojo.

—Tienen un perrito —dice con un hilo de voz. Es un rapto de maduración instantánea: el niño aprende que hay situaciones en que la única opción juiciosa es la mentira.

El dragón —pues de eso se trata— se llama Mordekay y si lo presento ahora, junto al resto de la dotación de La Sonrisa de Salgari, es porque el maldito bastardo no me perdonaría jamás no hacer su primera aparición hasta la página cuarenta y dos.

¿Quieres seguir leyendo?

Puedes comprar este libro como eBook (.epub o .mobi) en nuestra web, [aquí](https://lomaravilloso.com/producto/lilith/)
(<https://lomaravilloso.com/producto/lilith/>), ¡solo 2,99 €!

O puedes comprarlo en Amazon en digital o en papel, [aquí](https://mybook.to/lilith)
(<https://mybook.to/lilith>)

Otros títulos del autor

Infantil / middle-grade

[Castillo fantasma](#) (Ed. Hidra)

[El día del dragón](#) (con Gabriella Campbell, Naufragio de Letras)

[¡Eres un supervillano!](#) (Ed. Hidra)

[La noche del espectro](#) (con Gabriella Campbell, Naufragio de Letras)

Juvenil

[La cosecha de Samhein](#), El ciclo de la Luna Roja 1 (edición independiente)

[Los hijos de las tinieblas](#), El ciclo de la Luna Roja 2 (edición independiente)

[La sombra de la luna](#), El ciclo de la Luna Roja 3 (edición independiente)

[El fin de los sueños](#) (con Gabriella Campbell, Plataforma Neo)

[La canción secreta del mundo](#) (Ed. Hidra) - Universo Entre Líneas

[La casa de la Colina Negra](#) (Alfaguara) - Universo Entre Líneas

[La deriva](#) (Editorial SM)

Adulto

[Crónicas del fin](#) (con Gabriella Campbell, Alethé).

[Fractal](#) (edición independiente)

[Las fuentes perdidas](#) (Alianza) - Universo Entre Líneas

[Las puertas del infinito](#) (con Víctor Conde, Fantasy)

[Mala racha](#) (Apache Libros) - Universo del Cambio

Audiolibros

[Luna de locos](#) (Sonolibro)

[Amanecer](#) (Sonolibro)

Nota: Los títulos señalados con «Universo Entre Líneas» pertenecen al mismo mundo en el que se desarrolla *Lilith*, *el juicio de la Gorgona* y *La Sonrisa de Salgari*.